

quedasen sin este adorno, pues parece que su intención era de que todas las paredes recreasen en utilidad a los que fuesen a verlas, enseñando algo. no solamente en la parte histórica de sus días, sino también de los tiempos antiguos, en una variedad agradable de asuntos mitológicos, alegóricos, etc.»

Ascendiendo por la ancha y monumental escalera, cuya bóveda aparece también pintada con asuntos mitológicos, se llega al primer descanso, a partir del cual se halla aquélla dividida en dos tramos laterales, en opuesto sentido, que conducen a otros dos descansos, que es donde se encuentran sendas estatuas, de gran tamaño, modeladas en estuco, no en mármol como algunos autores han escrito. las cuales por mucho tiempo se creyeron representativas de Neptuno y Marte, pero que hoy se tienen como de Andrea Doria y don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, respectivamente.

La galería alta o superior ofrece, acaso, mayor motivo que la de abajo para ser en ella admirada la suntuosidad del edificio, pese a que algunas de sus pinturas se encuentren tan deterioradas que pueden considerarse en parte como inexistentes, contrastando, por ende, con las del piso bajo, varias de las cuales parecen acabadas de hacer. Estas pinturas representan cuatro grandes empresas afortunadas del glorioso marino: la toma de la isla de los Querquenes (24 de junio de 1576); la jornada del río Tetuán (9 de marzo de 1565); las siete galeotas apresadas a los turcos en el mismo año, y la toma de Túnez (1573). También hay allí alegorías de Flandes, América y Filipinas.

Encima de las monumentales puertas de esta galería, que dan paso a los salones y a la capilla, existen hornacinas donde estuvieron colocados los fanales de las naves enemigas vencidas por el Marqués de Santa Cruz, así como el que llevó siempre el insigne marino en su capitana. Cinco de aquéllos fueron llevados en 1883 a la Armería Real, y el otro figura hoy en el palacio marquesal de Santa Cruz, en Madrid. Sobre la puerta del salón principal aparece un excelente busto marmóreo, retrato del gran Almirante. Este salón, con dos monumentales chimeneas de mármoles, y los otros llamados *de linajes*, por los retratos que de la familia Bazán ofrecen, anteriores y posteriores al primer Marqués. cuentan pinturas de época posterior, cuya calidad no es comparable a las de Arbasia y los Pérola existentes en la planta baja y en la escalera.

La visita detenida a esta gran edificación, tan sumariamente descrita—sin hacer referencia a otros recintos, como los sótanos inmensos, acerca de los cuales existen curiosos anécdotas—resalta el concepto que de su singularidad teníamos, haciéndonos ver que acaso no exista otra en España que refleje tan concluyentemente esa concomitancia con quien fué alma de su erección, cuyo trascendente relieve como ejemplar caudillo de la época áurea española en ella puede evocarse de manera insuperable. El primer Marqués de Santa Cruz alcanzó gran preeminencia señorial no sólo en el Viso, sino también en otros lugares vecinos, pues en 5 de junio de 1572 concedióle Felipe II las encomiendas de Alhambra y La Solana como caballero de Santiago, en premio a su actuación en la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos», según otro excepcional asistente a ella, Cervantes; actuación que describió Ercilla en estas tres bellas octavas reales de su poema *La Araucana*:

*«El buen Marqués de Santa Cruz, que estaba  
al socorro común apercebido,  
visto el trabado juego en que se andaba,  
y desigual en partes, el partido,  
sin aguardar más tiempo, se arrojaba  
en medio de la priesa y gran ruido,  
embistiendo con impetu furioso  
todo lo más reuuelto y peligroso.  
Viendo, pues, de enemigos rodeada  
la galera real con gran porfia,  
y que otra, de refresco, bien armada  
a embestrirla con impetu venia,*